

Su presencia en las juergas era diaria y no deja de ser chocante que una mujer tan varonil como la Cayetana, se aviniera a segundos papeles como los que al parecer desempeñaba continuamente, siendo, como era, que el dominio sobre sus hombres, marido y hermano, se le veía a la legua. Es casi segura su convicción íntima de que la propensión a la juerga de su esposo, al que ella misma llamaba D. Antonio entre las vecinas, era mera apariencia ¡No hagais ruido, que D. Antonio vino tarde y está descansando!, le decía a la Josefa de «Canillas» y D. Antonio salía luego hecho un paquete; limpisimo, alhajado ostentosamente y siempre de nuevo. La Cayetana le despedía en la puerta con la misma tranquilidad cuando se iba a la Estación que cuando iba a dirigir una lidia o al café cantante todas las noches, señal de que no barruntaba peligro, estando segura de que no se arrimaría mucho.

¡Por algo lo cuidaba como a un niño!

Y por algo conocía a fondo la vida del Paseo, cuyo ambiente había respirado en Madrid, donde conoció a su marido, pues el padre de la Cayetana era ferroviario del Taller de montaje de puentes, de los primeros que se desplazaron a

Madrid y allí nació ella, en la castiza casa de Panduro, del Paseo de las Delicias, cuyos rasgos no podía negar. Y allí se casó, a los 20 años, pasando el resto de su vida en Alcázar, donde dió gran ejemplo de tolerancia, al estilo de la chulilla a la que maltrata su amante y cuando ve que lo increpa la gente sale en su defensa, diciendo que hace bien en pegarla, porque para eso es su hombre. Cuando a la Cayetana le iban con un chisme de D. Antonio, lo justificaba diciendo que para eso era hombre y sin eso tomaba siempre una parte activísima en los convites a las gentes que «Casitas» llevaba a su domicilio, cada dos por tres. La capacidad de gobierno de la Cayetana, como su manolera, fueron extraordinarias. Sin ella «Casitas» hubiera vivido en la miseria; con ella, vivía como un marqués. Ella hizo una de las casas más caprichosas de Alcázar, hermosa jaula para el pájaro multicalor que era su hombre; pájaro y jaula de lo más ostentoso, según era el gusto barriobajero de aquella varonil mujer, orgullosa de la fanfarronería chulesca y señoril que fué el trabajo único pero permanente de su existencia hallando la felicidad donde cualquier mujer hubiera encontrado la tragedia.

EL CIRCO QUE FUE

En el fascículo segundo se publicaron cinco fotografías en fiesta y algunos comentarios de la Plaza de Toros vieja.

Posteriormente y gracias a la amabilidad de D. Leandro Gómez, conocimos estas vistas que publicamos hoy y que nos la ofrecen libre de espectáculos. La misma suerte y la conocida generosidad de D. Primitivo G^a. Baquero, de la familia de D. José Ortiz, de la familia Alvarez y otros aficionados, nos permite completar la información con detalles que servirán para la historia de la afición taurina alcazareña.

La Plaza se hizo realmente, como apuntábamos en el fascículo segundo, por el herrero «Fachano» (Plácido Aranda, natural de Villafranca, casado aquí con Antonia Alvarez, hermana de Benigno, padre de Tomás,

el yerno de «Mocho», a cuyo poder pasó la fragua con el tiempo) pero el «primun movens», el estímulo inicial, provino del torero alcazareño, residente en Madrid, Blas Morollón, (Naranjito) hombre imaginativo, chamarilero y presumido, que logró estimular con sus fantasías a los alcazareños, cosa no rara aquí. Blas



Plaza de Toros vieja.—Vista de la fachada.